

Se le aparece cada quincena



Walt Whitman • José Antonio Loayza • Javier Marías • Miguel Idefonso
Benjamín Chávez • Joaquín Sabina • Fito Páez • Onelio Cardoso • Adolfo Cáceres

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 429 Oruro, domingo 25 de octubre de 2009





Niños. Óleo sobre tela. 90x80 cm
Erasmio Zarzuela Chambi

Biografía

Un día escribirás sobre mí; procura escribir honradamente; hagas lo que hagas, no me ennoblezcas. Pon ahí dentro todas mis palabrotas, mis juramentos, mis infiernos y mis condenaciones... He odiado tanto la biografía en la literatura, porque no es cierta... Fíjate en nuestras figuras nacionales: cómo están estropeadas por los mentirosos, por la gente que cree poder embellecer el trabajo de Dios Todopoderoso; que pone un pequeño toque suplementario aquí, otro allí, y otro más, hasta que el hombre verdadero aparece completamente desfigurado.

Walt Whitman, conversando con la soprano Helen Traubel.



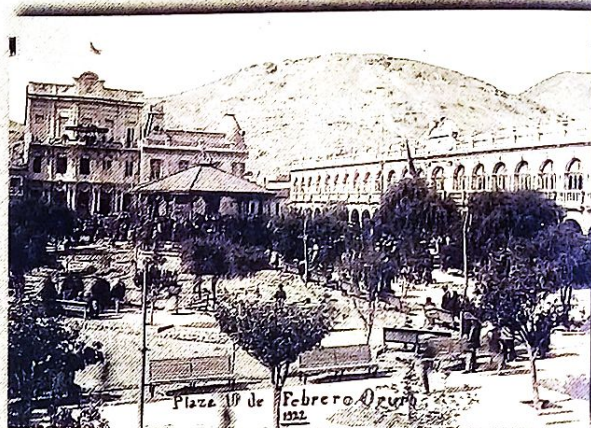
el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo CÁCERES r.
coordinación: julia gARCÍA o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende

El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

En su lecho de muerte, Simón I. Patiño, recuerda todo lo que le debió a Oruro

El escritor uyunense José Antonio Loayza Portocarrero, autor de "Simón el magnate del estaño" (2007), imagina lo que le habría dicho Patiño a Oruro. El texto ha sido tomado de "Oruro visto por cronistas extranjeros y autores nacionales, siglos XVI al XXI" de Mariano Baptista G.



"¡Oruro, Oruro, Oruro!... Cómo olvidarte hurtador de mis penas con nombre de trabajo duro. Ahora en las postrimerías de mi muerte, en el temporal de los cien días antes de mis ochenta y siete años, fuiste tú, tierra de huracanes y fabricante de soledades, que me viste llegar cuando busqué a Tomás para encontrar mi Albina, me miraste y me hospedaste sin pedirme nada, me diste pan y trabajo, después me diste el anillo y les diste hogar a mis hijos, y en mis tiempos de quebranto me enviaste con tu efusión mágica. ¡Y me estoy muriendo en Oruro!... Yo llegué un sábado y vi el infierno, los hombres en su deseo de acercarse a la divinidad: ¡se disfrazaron de diablos! Y en el falso averno de los fuegos bailaban sin consumirse mientras enardecidos bramaban con ronca intensidad, la sangre les hervía y les bullía por sus capas zigzagantes de viboras, de sus cráneos se alzaban feas pulpas en forma de astas; en sus dientes de vidrio agonizaban los sapos; de sus ojos de tiranos saltaban dos corneas globosas y blancas; sus arterias y corazones eran simples bordados de hilos y espejos; la cintura una faja amonedada y el pollerín ondeaba no más que las polleras de las hermosas chinas diablas, que junto a los cóndores, osos y al ángel de la guarda, entraban con sus vaporosos atavíos a la iglesia santa en medio de un gran regocijo para pedir con solemnidad humilde la bendición de la Virgen del Socavón, la Patrona de los mineros, ¡y la Virgen se los concedía! Las mujeres con su gracia y devoción adornaban el altar y el retablo con corolas de papel, flores de tela y capullos blancos de parafina, mientras encendían siete velas para que en siete días descendieran los siete dones y expulsen día por día los siete pecados mortales....

Y yo pregunté: ¡que cómo la gente quería ser absuelta con tantos comediantes infernales si querían llegar al cielo!, y me dijeron que para seducir, uno tiene que ser lo que no es, como hace el enamorado antes de ser esposo, o el político antes de ser gobernante.

Y así ocurrió, que me fui enterando de tus costumbres y de tus gentes, de la historia, como la del cura Medrano que ocultó la mina a los españoles y la tomó para sí el 6 de mayo de 1595 y después Castro de Padilla que supo del hallazgo y fundó en 1606 San Felipe de Austria para el Rey Felipe III. Desde entonces, todos tomaron lo que alcanzaron en el "Pie de gallo", "La Colorada", "San Cristóbal", "Socavón", "Sepulturas"... Me sentí esa noche a beber el vaso morado y nebuloso de tu api ardiente, y en ese instante entraste con tu infierno dentro de mí, y me llevaste al cielo en tus buñuelos rociados de miel, y yo no te di nada, como nadie nada te da, podía haber comprado para tu auge la mina de San José, Itos por ejemplo. Pazña por qué no... Pero no lo hice, sólo me serviste para que nunca te echara de menos. ¿Sabes por qué? La razón es evidente, no hubiese ido a ninguna parte si hubiera puesto a tu servicio y a tu albedrío mi individualidad para mi bienandanza. Pero te quiero Oruro, jamás olvidaré tu sol helado ni tu luna acariciante. Y nunca osaré negar tu agradable frío abrigado, ni tu magia invisible, ni tu pobreza palmaria que a todos nos duele, tu riqueza humana es sencilla pero nos basta. Ahora Oruro, vamos a gozar de mi riqueza tótil, ¡vamos a Chile!"

Javier Marías (*)

Rainer María Rilke a la espera

fragmentos



Cuando Rainer Maria Rilke era muy joven, fue a visitar al viejo Tolstoi en su finca Yasnaya Polyana. Caminaban por el campo en compañía de la ubicua Lou Andreas-Salomé, y Tolstoi le preguntó a Rilke: '¿A qué se dedica usted ahora?', a lo que el poeta contestó natural y tímidamente: 'A la lírica'. Según parece, lo que recibió en respuesta fue no sólo una sarta de insultos, sino una diatriba en toda regla contra todo tipo de lírica, algo a lo que en modo alguno podía dedicarse nadie.

Cada vez que cogía la pluma, aunque sólo fuera para pedir un favor, hacía lírica, y no siempre de la más elevada. A decir verdad, y al menos en sus comienzos, era bastante dado al halago, y no se limitaba a mostrar un interés desmedido por la obra de otros o a alabarla, sino que como mínimo en dos ocasiones se ofreció a escribir sendos volúmenes sobre dichas alabadas obras: cumplió con el ofrecimiento en el caso del escultor Rodin, de quien además fue secretario una temporada, y —quizá para su fortuna— no llegó a cumplirlo con el pintor español Zuloaga, si bien tuvo claro durante algún tiempo en qué iba a consistir el proyecto: 'Ese libro ardiente lleno de flores y danzas'.

Como es bien conocido gracias a los trabajos del insigne experto Ferreiro Alemparte, la conexión española de Rilke fue larga y fecunda, coronada por su estancia de cuatro meses en Toledo y Ronda principalmente, con breves pasos por Córdoba, Sevilla y Madrid. Estas dos últimas ciudades le desagradaron sobremanera: de la capital andaluza, 'aparte del sol no esperaba nada, y nada me dio, no tenemos nada que reprocharnos'. Sin embargo le reprochó la catedral, 'antipática, por no decir hostil', y dentro de ella 'el detestable órgano, con un ruido empalagoso'. Con la capital del reino fue aún más duro, le disgustó 'casi tanto como Trieste' a la ida, y a la vuelta fue menos enigmático y aún más tajante: '... y esa triste tierra de Madrid, que es como si no tolerara ninguna ciudad, y como si tampoco hubiera querido ser nunca de corazón tierra labrada'. Pasó sus horas en el Museo del Prado y salió corriendo, sin que le bastaran Goya, los Velásquez y los Greco para reconciliarse.

Resulta difícil comprender de dónde sacaba el dinero para tanto desplazamiento, y más aún para ayudar, aunque fuera a distancia y en grado mínimo, la manu-

tención de su hija Ruth, nacida de su matrimonio efímero con la escultora Clara Westhoff: se casaron en la primavera de 1901 y se separaron en mayo de 1902, quizá por eso en buenos términos. Aparte del vástago, algo más le debió a Clara el poeta: fue ella quien lo puso en contacto con Auguste Rodin, al que Rainer Maria debió a su vez uno de sus escasísimos empleos conocidos: hay constancia de que trabajaba para él 'dos horas todas las mañanas'.

A tenor de sus cartas y diarios, Rilke se pasó la existencia 'esperando' a la lírica y compartiendo esa espera con diferentes mujeres, la mayoría aristocráticas (al menos de porte y nombre) y bien dispuestas a darle albergue en sus diversos castillos y propiedades para que esperara en ellos más cómodamente. Pachamama sintió pasiones amorosas o simplemente amistosas por la seductora Lou Andreas-Salomé, la desesperada Eleonora Duse, la princesa Marie von Thurn und Taxis, Baladine Klossowska, la boronesa Sidonie Nádherny de Borutin, Matilde Vollmöller-Purmann, la condesina Pia Valmarana, la pianista Magda von Hattingberg, la escritora sueca Elle Key, la condesa Manon zu Solms-Laubach, Eva Cassirer-Solmitz, la baronesa Alice Fährndrich von Nordeck zur Rabenau, Catarina von Düring Kippenberg, Elisabeth Gundolf-Salomon, Nanny Wunderly-Volkart, la condesa Margot Sizzo-Noris Crouy, una tal Mimi de Venecia y por supuesto la condesa y poetisa de Noailles, hija del príncipe Bassaraba de Brancovan, sin olvidar, faltaría más, a la princesa de Cantacuzène. La verdad es que la lista parece y merece ser falsa, pero no lo era, y aún es más, al menos con un par de estas damas cosechó Rilke relativos fracasos: la condesa de Noailles lo encontró feo, y además la primera frase que le dirigió, nada más ser presentados, fue muy grave: 'Señor Rilke', le dijo, '¿qué piensa usted del amor... qué piensa usted de la muerte...?'. En cuanto a la diva Duse, por la que Rilke sentía devoción pese a haberla conocido ya con mala salud, envejecida y desquiciada, vio fracasar su acercamiento por culpa de un pavo real que, en medio del idílico picnic en una de las islas de Venecia, se aproximó astutamente hasta donde ellos estaban tomando el té y lanzó su espantoso chillido raucó al oído de la actriz quien huyó despavorida no sólo del picnic sino de Venecia misma. Por alguna suerte de identificación caprichosa, Rilke se sintió solidario con el pavo, lo cual le acarreo extraños remordimientos y no pegó ojo durante toda la noche.

Rainer Maria Rilke, que antes se había llamado sólo René Rilke y a quien su amiga Taxis llamaría Doctor Seraphico, se pasó toda la vida aquejado tanto de males físicos como psíquicos mientras esperaba a la lírica. Sus allegadas no recuerdan haberlo visto casi nunca sin algún padecimiento o tormento, y él mismo no se recataba de mencionarlos en sus abundantes cartas y diarios: sus 'desgracias constantes' le impedían 'trabajar seriamente' allí donde se encontrara, y eso pese a estar siempre dispuesto a sacrificar la vida por el trabajo (el trabajo lírico, bien entendido). Valga un ejemplo: cuando se hallaba alojado en el fastuoso castillo de Berg am Irchel, en el cantón de Zürich, el ruido lejano de una serrería eléctrica al otro lado del parque le dificultaba la concentración y la concepción de sus versos. Según es sabido, la composición de las *Elegías de Duino* le llevó diez años, de los cuales la mayoría fueron sólo de espera. Cuando

había suerte oía voces, como aquel día de enero en que, en medio del fragor de una tormenta, escuchó una que lo llamaba, una voz muy cercana que le decía al oído estas hoy famosas palabras: '¿Quién, si yo gritase, me oiría desde los órdenes angélicos...?' Se quedó inmóvil, atendiendo a la voz de Dios. A continuación sacó un pequeño cuaderno lírico que llevaba siempre consigo, anotó estos versos y otros pocos que en seguida se formaron como involuntariamente. Luego, a la tarde, la primera elegía estaba acabada, pero al poco el Dios se calló, y durante diez años, con pequeños y provechosos intervalos parlanchines, sufrió cruelmente ese silencio, esperando. Habría que preguntarse, con todo, cuánto habría de verdad en esta legendaria espera del poeta Rilke que tan en vilo tenía a todas sus amigas aristocráticas, y que André Gide, que lo trató poco pero en tiempos no muy feminizados, se acordaba de haberle oído contar que la mayoría de sus versos le salían de golpe y de corrido sin que después necesitaran apenas retoques. Le había mostrado el cuadernillo lírico, con bastantes poemas 'improvisados en un banco del Jardín del Luxemburgo', sin una sola tachadura.

Rilke era bajo y enclenque, feo al primer golpe de vista (luego menos), con una cabeza alargada y puntiaguda, gran nariz, labios muy sinuosos que acentuaban el mentón un poco fugitivo y su hoyuelo muy hondo, ojos hermosos y enormes, ojos de mujer con un brillo de infantil malicia, según la descripción de la princesa Taxis. Es innegable que su compañía debía resultar muy grata, al menos para esta clase de damas, que fueron quienes más se la beneficiaron. Pasó muchos apuros económicos, lo cual no le impidió ser crítico y selectivo hasta con la comida: seguía dietas vegetarianas y detestaba el pescado, que jamás probaba. No se sabe muy bien qué le gustaba, tanto en lo relativo a comidas como a otras cosas, a excepción de la letra 'y', que escribía en cuanto podía, y amén, claro está de los viajes y las mujeres. Confesaba que no podía hablar más que con ellas, que sólo a ellas comprendía y sólo con ellas estaba a gusto. Debía de ser, sin embargo, durante no mucho tiempo. 'Qué quiere usted', dijo una vez su amigo Kassner para explicarle a la amiga Taxis una fuga de Rilke de la que se habían enterado: 'todas esas mujeres acaban siempre por aburrirle'.

Rainer Maria Rilke murió de leucemia tras larga agonía en un hospital de Valmont, en Suiza, el 29 de diciembre de 1926, a la edad de cincuenta y un años. Cuatro días después fue enterrado en Raron, bajo el epitafio que con anterioridad había compuesto y elegido: 'Rosa, contradicción pura, placer / de no ser sueño de nadie entre tantos / párpados' también en lápida lírica, quizá eran sólo tres versos los que estuvo esperando tanto.

(*) Javier Marías. Madrid, 1951.
 Escritor, traductor y editor.
 Miembro de la Real Academia Española.



Festival Internacional

En septiembre, en la ciudad de Sucre, se desarrolló la segunda versión del Festival "Días de Poesía". Aquí dos crónicas.

Reseña y poemas

Mesa 3 (Hombre de barba-contrito-en busca de compañía)

*Vuelo
y vuelven los timbales asaltando tus tripas
y bailas con ese aire doblemente quieto
y en tu copa la espuma caliente se desvanece.
Yo floto adormecida sobre una burbuja
en medio de la efervescencia.
Te violentas
rompes los grilletes que te inmovilizan.
Es el momento
¡ahora! Alcanza su mano y contágate de su risa
quítale el sombrero
y apaga de un soplo
el incendio de sus ojos (te desea)
y ámallo como a un amante
hasta el día en que un simple acto
te desenamore
y él no sea más que un titubeo.
Entonces
déjalo.*

Se presentó –luego de una velada de poesía femenina– el libro *Cambio climático. Panorama de la joven poesía boliviana* (Fundación Simón I. Patiño, La Paz, 2009) realizado por Juan Carlos Ramiro Quiroga, Benjamín Chávez y Jessica Freudenthal. Importante trabajo que nace de “una convergencia de singularidades sin forzar dicciones o poéticas”. De la antología personal, *Manual de contemplación* (Plural Editores, 2009), de Benjamín Chávez, leemos el siguiente poema:

Poema con scrach

*Nunca escribas poemas de amor sobre el papel.
Es mejor sobre la piedra
o la piel.
Nunca escribas poemas de amor.
Deja que el amor escriba
con piedras
dentro de tu piel.*

Del poemario *Surta. Meditaciones artísticas* (Potosí, 2007. Editorial A Prueba de Frío) de Nelson Van Jaliri, el poema sin título:

“Se ha dicho que la ironía/ es causante del panorama/ obligado/ de la reivindicación interna.// Origen incierto/ a punto de caer/ en objeto de litigio.// ¿Acaso se podrá hacer cesión de los bienes más cercanos?// Declaro sobre estas líneas/ sobrevivir a lo dicho.// Pendiente sobre un hilo/ con el pie enyesado/ procurando tener una garantía/ entre inter vivos/ dejando a los demás/ que hagan con sus vidas/ una muralla débil/ para meterse un tiro.”

Cierro esta breve reseña de “Días de Poesía” así como cerré mi última noche boliviana, entre singanito, chullay y el simbolista y explosivo ajeno (vía “El Refugio” y “El Paringa”), con la poesía del maestro Julio Barriga, de *Cuaderno de Sombra* uno de sus espléndidos poemas sin título:

*¡Me encanta fracasar!
pero que mis enemigos triunfen
eso sí que no lo soporto.
Abismos en los que me precipito
hasta el último verso.
Alambre sobre el vacío
por donde transito.
Siempre me las he arreglado
para llevar una vida de mierda:
una existencia que nada más ofrece
innúmeras formas de morir.
Poesía que no labra
mansiones de la pureza.*

Miguel Idefonso

Entre el 23 y el 26 de Septiembre de 2009 se dio lugar al segundo Festival Internacional “Días de Poesía” en la ciudad de Sucre, Bolivia (www.diasdepoesia.com). Dicho Festival, organizado por IMAGINEA Arte y Cultura, nació “como idea el año 2006, por una evidente necesidad de crear espacios, no sólo para que los creadores se expresen, sino también para que cualquier ciudadano tenga la libertad de asumir la poesía de una manera muy natural, como parte del cotidiano.” Reunió a diferentes poetas bolivianos, en su mayoría jóvenes, de Sucre, Santa Cruz, La Paz, Potosí, Cochabamba, y de otras partes del bello país del altiplano: Jessica Freudenthal, Benjamín Chávez, Nelson Van Jaliri, Pablo Osorio, entre otros. Asimismo los poetas mayores: Matilde Casazola (Sucre, 1943) y Julio Barriga (Tarija, 1956). También los músicos Vadik y Julio Mariscal. Y de otros países: Anuar Elías Pérez (México), Juan Malebrán (Chile) y Miguel Idefonso (Perú). Fueron cuatro días de intensos recitales en universidades, bibliotecas, museos, la Plaza Central “25 de Mayo”, incluso en el cementerio y en el psiquiátrico. Y, por si fuera poco, se publicó para el evento el libro *Días de poesía* con poemas de los participantes, del cual cojo dos poemas. De Jessica Freudenthal el poema:

El Gran Poder en la Boca de la Mina

*En denantes me ha dicho
Que su corazón se ha estido
Se ha dentrado adentro
Como no sabía dentrarse
Sempre
Yo le hei dicho
Trayelo tu corazón
Llamalo tu ajayu
Gritando diciendo que dice
Tu nombre
Bien este había sido éste
Por eso sabe llorar
Sabe estarse
Solito y de pena
Pero*

Y de Juan Pablo Salinas:



al "Días de Poesía"

trónicas: del poeta peruano Miguel Idefonso y del boliviano Benjamín Chávez, ambos invitados a dicho evento literario



La fiesta de la poesía coloquial

El festival Días de Poesía que se efectuó en Sucre entre el 23 y el 26 de septiembre, fue una muy buena oportunidad para que el público interesado en la poesía pueda conocer lo que se está escribiendo en nuestro país en la actualidad.

Para los poetas participantes, de igual modo, el festival brindó la posibilidad de intercambiar ideas y conocer nuevas propuestas de escritura. Eso fue posible porque la modalidad organizativa del festival generó muchas lecturas donde los poetas no sólo leyeron textos ya publicados y conocidos, sino que también no faltaron las oportunidades para leer poemas inéditos.

Días de Poesía aglutinó en sus cuatro días de duración a casi 25 poetas de varias partes del país, así como también al poeta peruano Miguel Idefonso, al chileno Juan Malebrán y al mexicano Anuar Elías.

Las lecturas se realizaron en sitios tan diversos como la plaza 25 de Mayo, la universidad, un asilo de ancianos, el museo Charcas, el cementerio, el psiquiátrico Pacheco y otros sitios. Si bien la afluencia de público fue escasa en algunas de las lecturas, la presencia de la mayoría de los poetas invitados en la totalidad de las sesiones de lectura, posibilitó un rico debate e intercambio de ideas acerca de la producción actual en materia poética.

Días de Poesía es un festival joven. Joven porque él mismo nació hace apenas un año atrás en Sucre, y joven también porque quienes participaron en él fueron poetas jóvenes, muchos de ellos incluso no han publicado un libro todavía.

Varios de los asistentes (Carolina Hoz de Vila y Jessica Freudenthal de La Paz, Nelson Van Jaliri de Potosí, Vadik Barrón y Pablo Osorio de Oruro y Omar Alarcón de Sucre) aparecen antologados en el libro Cambio Climático, Panorama de la joven poesía boliviana. Dicho libro fue presentado en el marco del festival por dos de sus autores, compiladores (J. Freudenthal y B. Chávez). En el mencionado panorama, los autores proponen en el prólogo, algunas hipótesis de lectura para acercarse a la escritura poética de los jóvenes en nuestro país. Tópicos tales como la tecnología, el hastío de la vida cotidiana, el tributo a la música, sobre todo el rock, y otros aspectos, son abordados como posibles puertas de entrada a la variedad de propuestas que los poemas presentan.

Y el festival Días de Poesía permitió corroborar esas teorías, enriqueciéndolas y ampliándolas hacia un horizonte de propuestas poéticas muy interesantes y cada vez más amplias y abarcadoras. Los poemas de los poetas de Cochabamba fueron quizá lo más destacado en ese sentido.

Por otro lado, el festival brindó la oportunidad de escuchar al poeta tarijeño Julio Barriga, de larga e importante trayectoria en las letras bolivianas, así como al poeta limeño Miguel Idefonso, un poeta joven pero muy conocido en el Perú, y en Latinoamérica.

Julio Barriga, quien tiene varios libros publicados

(vgr: El fuego está cortado, Versos perversos, Cuaderno de sombra) leyó muchos de sus poemas pertenecientes a varias etapas de su vida. Así pudimos escuchar poemas de su primer libro, como también recientes versos que rinden homenaje a su querido amigo y maestro, el entrañable poeta Roberto Echazú. Con su habitual dominio de escenarios, su carisma personal, el humor y la ironía de sus textos, los excelentes poemas de Julio fueron admirados por quienes tuvimos el privilegio de escucharlos.

Miguel Idefonso también leyó poemas de varios de sus libros (Vestigios, Canciones de un bar en la frontera, Las ciudades fantasmas, Himnos) una bocanada de aire fresco traído desde la costa peruana, de la mano de una poesía coloquial de largo aliento que se nutre de la rica tradición poética peruana y trata con inteligencia y habilidad diversos temas de la historia latinoamericana bajo el lente de la cotidianidad más contemporánea.

Si bien los otros dos poetas extranjeros (México y Chile) radican en Bolivia (Malebrán en Cochabamba y Elías en La Paz), la invitación por parte de los organizadores del festival fue acertada, pues ambos creadores compartieron interesantes textos de reciente creación. Malebrán aportó además con su visión de la poesía latinoamericana actual a través de una conferencia ofrecida en el ICBA.

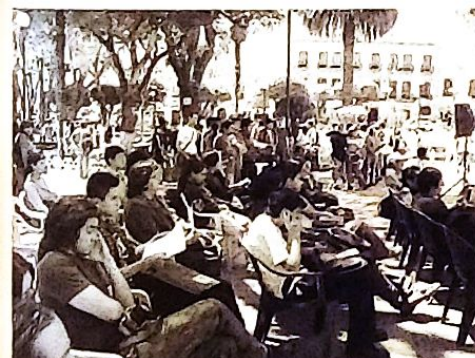
El festival, a la altura de cualquier festival serio de la actualidad, editó una selección de poemas de los poetas participantes. El pequeño libro, que estuvo a disposición de quienes asistían a las lecturas, da fe de que lo leído en Días de Poesía, son propuestas imaginativas, inteligentes y propositivas y que la poesía que se escribe en este país y en nuestro continente, está más viva que nunca.

De ese modo, el festival cumple con uno de sus propósitos, el de contribuir a la dinámica propia de la literatura, generando espacios de divulgación, intercambio y debate. En resumen, el festival Días de Poesía organizado por Samantha Bryce y Daniel Calderón con el apoyo de un equipo de admirable profesionalismo y algunas instituciones comprometidas con la cultura, fue un éxito que merece repetirse y consolidarse.

Benjamín Chávez



Todos los asistentes al Festival



Público escuchando la lectura de poemas en la Plaza 25 de Mayo



Lectura en el Siquilátrico

Palabras para la Negra

Se fue Mercedes Sosa, "La negra" y dejó un gran vacío, ese que su potente voz llenaba. Millones lloraron su partida y varios de sus amigos le escribieron versos, cartas y respuestas. Aquí publicamos dos en homenaje a la artista excepcional.



Pachamama

El legado de Mercedes Sosa es de vital importancia en estas horas de Argentina, una enseñanza moral plena de luz. Con sutileza y precisión desarrolló una obra que marcará por siempre la historia de la música popular de este continente. Su voluntad de libertad fue expuesta en cada recodo del largo camino que forjó a través de muchas décadas en diferentes álbumes y escenarios del mundo. De Matus a Violeta Parra, de Ramírez a Atahualpa Yupanqui, de Teresa Parodi a Djavan, de Peteeco Carabajal a Spinetta, de Félix Luna a Charly García, toda ella fue, es, una clase de lo que debiera ser una nación. Una mujer integradora de esencias, una perfumista de la canción en la búsqueda, no del aroma perfecto, sino del aroma del lugar.

Sanmartiniana, despreciada por naturaleza, logró lo que ningún dirigente pudo poner en funcionamiento en la historia de esta tierra. Escuchó a todos, se vinculó con todos, cantó con todos, nos emocionó a todos. Escuchar, vincular, cantar, emocionar. Verbos inusuales, alejados de la vida política.

Como nadie, nos da una idea del significado de nación que nos carga de responsabilidad y obliga a pensar en la infelicidad de un país que no puede realizarse en plenitud. Su obra lo logra. La fiereza en la elección de sus repertorios, los riesgos artísticos que asume, el rigor a la hora del canto y la claridad de su voz de terciopelo, la ausencia de miedos a las mercadotecnia, su seguridad temeraria al momento de la grabación, sus ojos cerrados cuando interpretaba y su boca de oro por delante

de su bellissimo pelo negro bajo esa nariz de águila, ésta es su estampa.

Ama, señora y dueña del lugar. Reinona de la canción. Será imposible pensar la Argentina sin sus fundamentales versiones de Leguizamón y Castilla, Guaraní, la tríada modernista de La misa criolla, Mujeres argentinas y La Cantata sudamericana, la vuelta a la democracia con Gieco, Tarragó Ros, Heredia y García, su permanente curiosidad por los autores nuevos (a quienes escuchaba en su casetera primero, después en su walkman y después en su iPod), su admiración por el Chango Farías Gómez y Chacho Muller, su falta absoluta de rivalidad con las demás cantantes del barrio, a quienes amaba, sus ganas de abstraerse de todo y su curiosidad inagotable sobre lo que sucedía en el mundo... en fin, sin su locura abarcadora y contenedora.

Ha muerto la señora Mercedes Sosa. La Pachamama le decían. Era una gran verdad, porque protegía y proveía. Madre tierra y deidad. Su mirada, su presencia, nos condena al encuentro y éste es un inmenso desafío en ésta, la hora más difícil de nuestra tremenda pérdida. Parecen palabras grandes y lo son, pero más grande será construir un lugar tomándola de ejemplo. Ladrillo a ladrillo y todos los días con amor se construye una casa. Ése es su legado. Jamás aceptaré que el lugar de su velatorio se llame el de los pasos perdidos. En todo caso será el de los pasos ganados.

Fito Páez. Rosario, 1963.

Músico, cantautor y director de cine.

Violetas para Mercedes

Se nos murió la gran dama,
Negra Sosa, pacha mama
de Corrientes,
que bordó puntos y comas
en las prisas del idioma
de la gente.
Martina Fierro de ley
que sin dios, patria ni rey
tiró p'alante,
antes de decir adiós
me propuso un blues a dos
voces distantes,
distintas, y, sin embargo,
cerquita del ron amargo
que consuela,
que abruma, que mortifica,
que suma, que santifica,
que desvela.
Cuando rompió la baraja,
hizo del bombo su caja
de Pandora,
entre el mestizo y el yanqui
se quedaba con Yupanqui
hasta la aurora.
Todos menos uno, dijo,
provocando el acertijo
de Cosquín,
militante del futuro,
no pudo con ella el muro
de Berlín.
Canto ancestral de Argentina,
la más frutal de las minas,
todo es nada,
no sabe cómo la lloro,
desafinando en el coro
de las hadas.
Madrina de los roqueros
más intrusos, más villeros,
menos brutos;
en calle melancolía
mi letra y su melodía
visten de luto.
Más de una vez la besé
pero nunca olvidaré
la noche aquella:
aquel piano y su voz
y mi sonanta y la cox
de las estrellas.
Me aterra las despedidas
pero gracias a la vida
de Violeta,
Mercedes inventó el son
que duerme en el corazón
de los poetas.

**Joaquín Sabina. 1949.
Cantautor y poeta español**

Francisca y la muerte

El escritor Onelio Jorge Cardoso (Cuba, 1914 – 1986), autor de "Taita, diga usted cómo" "Caballito blanco" y "El hilo y la cuerda", nos recuerda, en este relato, que la transición al más allá no tiene que ver con la inercia corporal

—Santos y buenos días —dijo la muerte y ninguno de los presentes la pudo reconocer. ¡Claro!, venía la parca con su trenza retorcida bajo el sombrero y su mano amarilla al bolsillo.

—Si no molesto —dijo—, quisiera saber dónde vive la señora Francisca.

—Pues mire —le respondieron, y asomándose a la puerta, señaló un hombre con su dedo rudo de labrador:

—Allá por las cañas bravas que bate el viento, ¿ve? Hay un camino que sube la colina. Arriba hallará la casa.

"Cumplida está" —pensó la muerte y dando las gracias echó a andar por el camino aquella mañana que, precisamente, había pocas nubes en el cielo y todo el azul resplandecía de luz.

Andando pues, miró la muerte la hora y vio que eran las siete de la mañana. Para la una y cuarto, pasado el meridiano, estaba en su lista cumplida ya la señora Francisca.

"Menos mal, poco trabajo; un solo caso", se dijo satisfecha de no fatigarse la muerte y siguió su paso, metiéndose ahora por el camino apretado de romerillo y rocío.

Efectivamente, era el mes de mayo y con los aguaceros caídos no hubo semilla silvestre ni brote que se quedara bajo tierra sin salir al sol. Los retoños de las ceibas eran pura caoba transparente. El tronco del guayabo soltaba, a espacios, la corteza, dejando ver la carne limpia de la madera. Los cañaverales no tenían una sola hoja amarilla. Verde era todo, desde el suelo al aire y un olor a vida subiendo de las flores.

Natural que la muerte se tapara la nariz. Lógico también que ni siquiera mirara tanta rama llena de nido, ni tanta abeja con su flor. Pero ¿qué hacerse?, estaba la muerte de paso por aquí, sin ser su reino.

Así, pues, echó y echó la muerte por los caminos hasta llegar a casa de Francisca:

—Por favor, con Panchita —dijo adulona la muerte.

—Abuela salió temprano —contestó una nieta de oro, un poco temerosa aunque la parca seguía con su trenza bajo el sombrero y la mano al bolsillo.

—¿Y a qué hora regresa? —preguntó.

—¡Quién lo sabe! —dijo la madre de la niña—. Depende de los quehaceres. Por el campo anda, trabajando.

Y la muerte se mordió el labio. No era para menos seguir dando rueda por tanto mundo bonito y ajeno.

—Hace mucho sol. ¿Puedo esperarla aquí?

—Aquí quien viene tiene su casa. Pero puede que ella no regrese hasta el anochecer o la noche misma.

"¡Contra!", pensó la muerte, "se me irá el tren de las cinco. No; mejor voy a buscarla". Y levantando su voz, dijo la muerte:

—¿Dónde, al hijo, pudiera encontrarla ahora?

—De madrugada salió a ordeñar. Seguramente estará en el maíz, sembrando.

—¿Y dónde está el maíz? —preguntó la muerte.

—Siga la cerca y luego verá el campo arado detrás.

—Gracias —dijo seca la muerte y echó a andar de nuevo.

Pero miró todo el extenso campo arado y no había un alma en él. Sólo garzas. Soltóse la trenza la muerte y rabló:

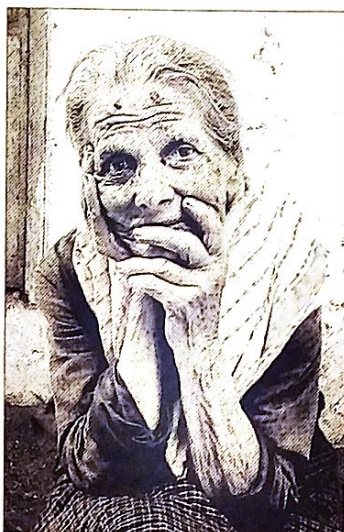
"¡Vieja andariega, dónde te habrás metido!" Escupió

y continuó su sendero sin tino.

Una hora después de tener la trenza ardida bajo el sombrero y la nariz repugnada de tanto olor a hierba nueva, la muerte se topó con un caminante:

—Señor, ¿podría usted decirme dónde está Francisca por estos campos?

—Tiene suerte —dijo el caminante— media hora lleva e n



casa de los Noriegas. Está el niño enfermo y ella fue a sobarle el vientre.

—Gracias —dijo la muerte como un disparo, y apretó el paso.

Duro y fatigoso era el camino. Además ahora tenía que hacerlo sobre un nuevo terreno arado, sin trillo, y ya se sabe cómo es de incómodo sentar el pie sobre el suelo irregular y tan esponjoso de frescura, que se

pierde la mitad del esfuerzo. Así por tanto, llegó la muerte hecha una lástima a casa de los Noriegas:

—Con Francisca, a ver si me hace el favor.

—Ya se marchó.

—¡Pero cómo! ¿Así, tan de pronto?

—¿Por qué tan de pronto? —le respondieron—. Sólo vino a ayudarnos con el niño y ya lo hizo. ¿A qué viene extrañarse?

—Bueno..., vera —dijo la muerte turbada—, es que siempre una hace su sobremesa en todo, digo yo.

—Entonces usted no conoce a Francisca.

—Tengo sus señas —dijo burocrática la Impía.

—A ver, dígalas —esperó la madre. Y la muerte dijo:

—Pues..., con arrugas; desde luego ya son sesenta años...

—¿Y qué más?

—Verá..., el pelo blanco..., casi ningún diente propio..., la nariz, digamos...

—¿Digamos qué?

—Filosa.

—¿Eso es todo?

—Bueno..., por demás nombre y dos apellidos.

—Pero usted no ha hablado de sus ojos.

—Bien; nublados..., sí, nublados han de ser..., ahumados por los años.

—No, no la conoce —dijo la mujer—. Todo lo dicho está bien, pero no los ojos. Tiene menos tiempo en la mirada. Esa, quien usted busca, no es Francisca.

Y salió la muerte otra vez al camino. Iba ahora indignada, sin preocuparse mucho por la mano y la trenza que medio se le asomaba bajo el ala del sombrero.

Anduvo y anduvo. En casa de los González, le dijeron que estaba Francisca a un tiro de ojo de allí, cortando pangola para la vaca de los nietos. Mas, sólo vio la muerte la pangola recién cortada y nada de Francisca, ni siquiera la huella menuda de su paso.

Entonces la muerte, quien ya tenía los pies hinchados dentro de los botines enlodados, y la camisa negra, más que sudada, sacó su reloj y consultó la hora:

—¡Dios! ¡Las cuatro y media! ¡Imposible! ¡Se me va el tren!

Y echó la muerte de regreso, maldiciendo.

Mientras a dos kilómetros de allí, escardaba de malas hierbas Francisca el jardincito de la escuela. Un viejo conocido pasó a caballo y, sonriéndole, le tiró a su manera el saludo cariñoso:

—Francisca, ¿cuándo te vas a morir?

Ella se incorporó asomando medio cuerpo sobre las rosas y le devolvió el saludo alegre:

—Nunca —dijo—, siempre hay algo que hacer.



LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo independentista

Escritores representativos de la independencia

En Prosa

Bernardo Monteagudo. 1785-1825. Lo innegable en Monteagudo es que su pensamiento y obra lo sitúan en un lugar destacado entre los intelectuales que emergieron de las aulas de la Universidad de San Francisco Xavier de Charcas. Lo discutible —y esto en virtud a las fuentes que manejan sus biografiados— está en su origen, por cuanto, como señala Valentín Abecia Valdivieso: *Dos ciudades: Charcas y Tucumán, han disputado, no sin derecho, ser el lugar de su nacimiento, y dos mujeres: Catalina Cáceres y Manuela Aznaya, pretendieron haberlo engendrado.* Los análisis de Abecia Valdivieso despejan algunas dudas y se hacen concluyentes, especialmente cuando refuta a René-Moreno y José Vásquez Machicado, a pesar de las declaraciones del propio Monteagudo que, en el proceso del 25 de mayo de 1809, dijo ser de Tucumán y tener 19 años de edad. Las circunstancias de tal declaración y las innumerables contradicciones en que incurrió, hacen que varias de sus afirmaciones sean tomadas con desconfianza.

Respecto a su obra, existen algunos aspectos poco claros; así por ejemplo se le atribuye la autoría del *Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII*, en los Campos Eliseos, que actualmente se halla en el Archivo Nacional de Bolivia, en la ciudad de Sucre, y que reviste singular importancia para la literatura independentista. Los argumentos esgrimidos en el *Diálogo* relativos al "derecho de conquista", de algún modo van contra una corriente de pensamiento que se origina en el siglo XVI, con los escritos de Juan Ginés de Sepúlveda. La forma dialogada era muy popular entre los escritores románticos, a partir de Fichte (1762-1814) y su célebre *Doctrina de la Ciencia*. En la obra atribuida a Monteagudo, el Rey de España se queja por la invasión napoleónica a su territorio, y lo propio hace Atahualpa, expresándole que de entre todos los perdedores el que más ha perdido es él, porque no sólo perdió su imperio, sino su vida misma. Muchas de sus reflexiones son abiertamente subversivas para su época, razón por la que Monteagudo fue apresado poco después del levantamiento del 25 de mayo, por ser, según reza su auto de detención, "autor de un documento sedicioso". Trasladado a la ciudad de La Paz, luego de ser liberado, a fines de 1811, se dirigió a Buenos Aires, donde aparece como redactor de "La Gaceta", junto a Pazos Kanki, con quien posteriormente tuvo profundas divergencias, respecto al sistema de gobierno que convenía a las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Monteagudo proponía la restauración del señorío de los Incas, en tanto Pazos Kanki, a pesar

de su ascendencia indígena, se pronunció a favor de la instauración de un sistema republicano de gobierno.

Luego de su paso por "La Gaceta de Buenos Aires", Monteagudo fundó otro llamado "Mánir o Libre", en cuyas páginas publicó su *Ensayo sobre la revolución del Río de la Plata desde el 25 de mayo de 1809*. En 1814 se vio obligado a emigrar a Norteamérica, debido a sus simpatías con Alvear; en 1816 estuvo en Europa. A su paso por París, alingido por sus problemas económicos, solicitó la cooperación de Bernardino Rivadavia, que se hallaba cumpliendo una misión diplomática en esa capital.

De regreso a Buenos Aires, todo había cambiado para él y, al no encontrar un clima propicio para sus actividades, se trasladó a Chile, donde tuvo mejor fortuna, participando en la redacción del Acta de Independencia de esa naciente república, el 1º de enero de 1818. Muchos rasgos de su personalidad lo muestran como un ser admirado y rechazado, al mismo tiempo, por ser petulante y soberbio. Desde luego que como tribuno se mostraba brillante y audaz. El calificativo que le dan, como "una figura sombría en la historia argentina", es fruto del momento político que se vivía en esos años cruciales, en procura de definir la vida institucional de esa nación.

Fiel a su vocación periodística, Monteagudo fundó en Chile "El Censor de la Revolución", impulsando con sus artículos las campañas del Gral. José de San Martín, en su avance libertario hacia el Perú. Una vez conseguida la independencia de ese país, San Martín lo nombró Ministro de Guerra y luego Ministro de Relaciones Exteriores del Perú. Sus pretensiones de fundar una nueva monarquía incaica, impulsando los planes de Bolívar de crear una sola nación con las repúblicas sudamericanas, despertaron variadas reacciones no siempre favorables a sus propósitos. La noche del 28 de enero de 1825, fue asesinado por la espalda por un negro llamado Candelario Espinoza, desconociéndose, a la fecha los móviles de tan alevoso atentado y la identidad de los autores intelectuales. En edición póstuma se publicó su proyecto integrador: *Ensayo sobre la necesidad de una Federación General entre los Estados Hispanoamericanos y plan de su organización*, impreso en Santiago de Chile, en 1825. Previamente, en Guatemala, en 1823, había publicado su *Memoria sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú*.

Adolfo Cáceres

